

---

# TEILHARD DE CHARDIN

En la tarde del 10 de abril, domingo de Pascua de 1955, nada permitía suponer la repentina muerte en Nueva York del sabio jesuita francés, descubridor con Pei y Breuil del sinántropo pekinés en las excavaciones de Chukutién. A las seis de la tarde, un ataque cardíaco tronchaba sus trabajos y proyectos: quien durante toda su vida jamás había cesado de **"buscar al Señor y colocarlo en el corazón de la materia universal"**, alcanzaba, a través de la **"única salida hacia la más exhuberante de las vidas"**, el encuentro definitivo con Dios.

Sus primeros años —nació el 1º de mayo de 1881, en Sarcenat, de la Auvergne—, graban profundamente en él el sentido religioso —influjo materno—, un cierto **"equilibrio fundamental sobre el que todo lo demás se construye"** al par que una inclinación particular por las ciencias exactas —influjo paterno—, y un gusto especial por la naturaleza y admiración por la solidez de la materia.

De 1892 a 1898, hace su bachillerato con

los jesuitas, de quienes recibe una sólida formación sobre todo literaria. Un año más tarde entra en el noviciado de la Compañía de Jesús, escuela de amor personal a Cristo y a todos los hombres en Cristo.

Durante la larga formación jesuítica, hace sus estudios en Laval, Jersey y Hasting, y de 1905 a 1908 enseña física y química en el colegio que la Compañía de Jesús regenta en El Cairo. Ordenado sacerdote en 1911 y concluidos sus estudios de teología, estudia geología y paleontología en París, y comienza en Canterbury su tercera probación, año de recogimiento espiritual que corona la formación de los jesuitas.

## SABIO EN EL EXILIO

Sus estudios lo mantenían hasta entonces en un clima un tanto aislado del mundo de los hombres. Su movilización como enfermero en 1915, durante la primera guerra mundial, será su **"bautismo en la realidad"**. Comienza a elaborarse entonces la

cosmovisión teilhardiana, cuyos elementos es dable reconocer en su abundante correspondencia y demás escritos de la época. Lamentablemente, la mayoría de esos escritos permanecen aún inéditos, inclusive su primer opúsculo **La Vida Cósmica**, escrito en 1916. Nos son conocidos solamente a través de citas y publicaciones parciales, debidas a los estudiosos que tienen acceso a ellos.

Tras la desmovilización, reanuda sus estudios en la Sorbona, donde, en 1922, defiende su tesis doctoral sobre los mamíferos del eoceno inferior francés. El Instituto Católico de París lo cuenta entre sus profesores desde 1920, donde enseña geología y paleontología. Conceptuado ya entonces como uno de los primeros paleontólogos franceses, parte para China en 1923 participando con el jesuita Licen en la campaña de excavaciones llevada a cabo en los Ordos de Mongolia Occidental. Fue allí donde escribió la **Misa sobre el Mundo**, editada en 1961 en el volumen titulado **Hymne de l'Univers**.

A fines de 1924 regresa a Francia. En el ínterin, a raíz de algunas notas suyas privadas sobre el pecado original y el monogenismo, ha sido acusado ante la autoridad eclesiástica. Se desconfía de él. Es el comienzo de una larga serie de tribulaciones que durarán toda su vida y lo afectarán en lo que le es más querido, pues para un sacerdote nada puede ser más doloroso que sentirse sospechado en la ortodoxia de su fe.

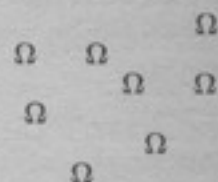
Por orden de sus superiores, tras abandonar su cátedra en el Instituto Católico de París, parte de nuevo para China en 1926 donde, salvo breves estadas en Francia y algunos viajes de estudios a Birmania, Java y los Estados Unidos, permanecerá hasta el fin de la segunda guerra mundial.

Sabio en el exilio, es éste el período de su mayor actividad y producción en el campo de la investigación científica. A esta época pertenecen numerosas expediciones científicas, entre ellas, la realizada a los yacimientos fósiles de Chukutién, próximos a Pekín, donde se descubrió al sinántropo pekinés, y las campañas de Kansou, Sang-Kan-ho, Mongolia Oriental, Shantung, etc. Casi un centenar de publicaciones sobre paleontología y geología asiáticas son de esta época, como también sus dos obras fundamentales: **El Medio Divino** y **el Fenómeno Humano**.

En 1927 concluye **El Medio Divino**, pero una denuncia detiene su impresión. De 1938 a 1940 redacta **El Fenómeno Humano**, y cuando vuelve a París en 1946, lo lleva felizmente consigo, pues cantidad de escritos y apuntes personales dejados en Pekín, se perdieron definitivamente en los avatares de la postguerra y de la revolución de Mao-Tse-Tung. En 1948, la censura de la Compañía de Jesús aprueba con retoques **El Fenómeno Humano**. Pero para entonces se desata la tempestad de la "nueva teología", en la que entran en danza algunos apuntes suyos mimeografiados. Para evitar problemas, no se autoriza por entonces la publicación del libro. Aparecerá como el primer volumen póstumo en 1955.

Numerosas conferencias y debates jalonan, desde 1946, su estada en Francia. En ocasión de un curso en la Sorbona (1940-1950), escribe **El Grupo Zoológico Humano**, en el que "estudia la estructura y las dimensiones evolutivas del grupo zoológico humano, manera diferente de plantear y explorar de nuevo el clásico problema acerca del lugar del hombre en la naturaleza". Es elegido miembro de la Academia de Ciencias de Francia en





1950. A pedido de la Viking Fund, de Nueva York, pasa unos meses en Africa del Sur estudiando las posibilidades de investigaciones antropológicas. A fines de 1951 viaja a los Estados Unidos. Agregado a la Wenner-Gen Foundation for Anthropological Research, ya no dejará el país del norte sino para un viaje al Africa del Sur y Rodesia (1953) y una breve estadía de dos meses en Francia (1954).

Gastado físicamente por sus trabajos y su enfermedad al corazón que lo aquejaba desde 1947, su actividad paleontológica disminuye en los últimos años de su vida. Desde 1940 hasta su muerte en 1955, solamente se cuentan treinta y tres estudios científicos. Sin duda influyó en esto también el hecho de haber estado bloqueado por la guerra, en los alrededores de Pekín, durante los largos años de 1939 a 1946. Su espíritu en cambio se mantiene alerta, y pululan por ese entonces, junto a la profundización personal de sus ideas, sus ensayos sociológicos, filosóficos y espirituales.

### ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA

El breve pantallazo que acabamos de trazar siguiendo la vida de Pierre Teilhard de Chardin, no basta para dar razón del extraño destino de este hombre apasionado por el mundo y por Cristo, que dedicó su vida a la ciencia de los orígenes del hombre, buscando en las profundidades del cambriano y del mezozoico el sentido del destino humano. Pionero y autoridad en el campo de las ciencias de los orígenes del hombre, escarba la corteza terrestre en busca de hombres y animales que se pierden en una noche varias veces millonarias. Encarnizado estudioso del hombre del pasado, irremediablemente desaparecido, Teilhard es un

visionario del futuro; ahonda en el pasado para encontrar el porvenir. Así lo confiesa en una de sus **Cartas de Viaje: "El pasado me ha revelado la construcción del porvenir"**.

Sabio, sacerdote y poeta, arrebatado por el deseo de una síntesis, su interpretación global del universo es el fruto de un esfuerzo por dar razón simultáneamente a su experiencia de sabio y de hombre de Dios. El jamás experimentó lo que a principios de siglo era uno de los lugares comunes de la formación del sabio: el famoso conflicto entre la religión y la ciencia. En Teilhard de Chardin, ambas perspectivas se acordaban armónicamente; con toda naturalidad, su experiencia científica tendía a hacerse religiosa, y su experiencia de Dios esclarecía su percepción del mundo. Toda su obra es un esfuerzo para formular esa coherencia sentida desde un principio.

Como para San Pablo, la **"Visión de Cristo"** fue para Teilhard de Chardin un llamado a trabajar por la **"conversión de los gentiles"** de su siglo, es decir, por la conversión de un mundo que en el siglo XX se afirmaba a sí mismo al margen del conocimiento explícito de Cristo. La intención apologética se puede discernir en casi todos los escritos de Teilhard.

**"Pensaba en el abismo que separa al mundo intelectual, en que yo me encontraba y cuyo lenguaje comprendía, del mundo telógico y romano cuyo idioma también conozco . . . Me dije a mí mismo que quizá yo estaba capacitado, por hablar su mismo lenguaje, para expresar, de manera admisible a ese mundo intelectual, lo que el otro mundo, el teológico y eclesial, conserva y repite con palabras para muchos hoy incomprensibles . . . ! ¡He aquí las Indias que me atraen más que las de**

**Francisco Javier! Pero, ¡qué enorme problema, no ya de ritos sino de ideas, hay que solventar antes de que se los pueda convertir verdaderamente"! (Carta de 1926).**

Teilhard de Chardin no temía proclamar su intención apologética, como tampoco temía que su perspectiva apologética afectara a la objetividad de sus estudios científicos. Al contrario, basaba su apologética en los datos positivos, considerados lo más objetivamente posible: **"Ya pasó el tiempo en que nuestros apolo-gistas, aprovechando tímidamente unos datos inaceptables mendigados a sus propios adversarios, se esforzaban por conciliarlos con su creencia"** (De un artículo de 1912).

**"Para evitar todo equívoco",** el mismo Teilhard de Chardin trazó, en 1946, las grandes líneas o **"tiempos sucesivos de (su) apologética, o, si se prefiere, de (su) dialéctica"**:

1º El fenómeno humano se manifiesta convergiendo en un punto Omega, cúspide del cono evolutivo, el cual supone un núcleo trascendente y divino.

2º Dios (**"faz trascendente del punto Omega"**) es descubierto como centro personal y actual que mueve no solamente como primer motor físico o biológico, sino también como centro de atracción de las conciencias libres.

3º Descubrimiento del fenómeno cristiano y fe en la Encarnación: la Palabra revelada permite **"la emergencia, bajo el influjo de la gracia, de la Fe teologal"**.

4º La profundización en el fenómeno cristiano permite descubrir a la Iglesia viviente, identificada con el punto Omega, Cristo.

Como se ve, el proceso del pensamiento de Teilhard de Chardin —como él mismo lo señala— es el clásico **"de lo menos conocido a lo más conocido"**: del fenómeno humano concluye al Omega trascendente, centro último de convergencia, irreversible. De la creación evolutiva, deduce al Dios motor y revelador. Del fenómeno cristiano, llega al Dios encarnado, y de la Iglesia viviente, pasa al Cristo-Omega.

Dos años más tarde, en 1948, en un breve resumen de su pensamiento, Teilhard declaraba que si éste se manifiesta en un principio como una **"física"**, esa física es la base sobre la cual ha querido construir una **"apologética"** continuada por una **"mística"**.

Teilhard de Chardin se propuso **"cristianizar"** la nueva concepción dinámica y evolutiva del mundo, procurando discernir en nuestro tiempo el **"punto vulnerable"**, es decir, el elemento de potencialidad religiosa **"que todavía no llega a condensarse"**, como él mismo escribe. De allí su afirmación del Cristo **"cósmico"**, **"evolucionador"** o motor supremo de la **"cosmogénesis"**, principio y fin de la evolución del mundo creado.

La inspiración paulina es evidente. El Cristo cósmico es el Hijo de Dios que **"descendió y subió para llenarlo todo"** (Epístola a los Efesios, 4, 10). Teilhard no cambia al Cristo de San Pablo. Mantiene en Él todas las cualidades que nuestra Fe proclama, tratando de integrarlas en la visión evolutiva del universo, así como San Pablo lo integró en la cosmovisión propia de su época. ¿Disuelve este esfuerzo de integración la verdad de Cristo en la verdad parcial de una época? Era un peligro a correr, y Teilhard de Chardin lo aceptó. Como aceptó el riesgo de ser mal interpretado.

## **BAJO EL SIGNO DE LA CONTRADICCION**

Extraño destino el de este sabio apóstol. Pocos hombres como él, en nuestro siglo, concitaron sobre sí tal profusión de panegíricos y detracciones. Aún en vida, las virulentas palabras del P. Garrigou-Lagrange (**"¿A dónde nos llevará la nueva teología?"**, rev. Angelicum, 1945) provocaron la violenta respuesta de Mons. Bruno de Solages (Bulletin de litterature ecclesiastique, 1947).

El tono de polémica continúa en muchas de las obras dedicadas al estudio del pensamiento y la personalidad de Teilhard. La atmósfera de controversia creada en torno a su obra, principalmente al interior del ambiente católico, constituye una se-



ria dificultad para adentrarse en el pensamiento teilhardiano; la objetividad se encuentra constantemente tironeada por la doble campaña de apología y denigración.

Comparando los escritos de los partidarios de Teilhard con los de sus oponentes, se tiene la impresión de asistir a un diálogo de sordos. Sus panegiristas caen con frecuencia en un lirismo que nada tiene de científico, llevados quizá por una cierta incapacidad para separar el aprecio por la persona del contenido ideológico. Un ejemplo de esa tendencia sería la biografía de Teilhard escrita por Guénou, cuyo solo índice basta para observar que no se trata de un trabajo didáctico prescindente de toda poesía. En el campo de sus detractores, por lo contrario, predomina la desconfianza escudada en elogios a la filosofía perenne. Se ensañan con su piqueta en minuciosos análisis de citas sacadas de su contexto, y es frecuente el escándalo porque Teilhard no dijo lo que no tenía por qué decir.

En verdad, la cosmovisión de Teilhard de Chardin inspira reservas a la Iglesia. Es la misma reserva que suscitaba durante su vida: muchos reconocían en él al genio, pero se sentían más tranquilos sabiéndolo en África, en Asia o en América. Un **"Monitum"** (Advertencia) del Santo Oficio (30 de junio de 1962), pone en guardia contra los peligros de las "ambigüedades y aún errores" de las obras de Teilhard y de sus discípulos. La importancia de este documento merecería un análisis aparte. Ciertamente, aun estando de acuerdo en el fondo con las ideas de Teilhard, no podemos adherirnos sin restricciones a todos los puntos de su pensamiento, porque a algunos de ellos los encontramos ambiguos o falsos. Pero bueno es reconocer que, en sus obras, los elementos positivos son mucho más numerosos que los negativos o discutibles.

Su visión del mundo ejerce un influjo notable y cristiano en los hombres de ciencia. Y se ha podido afirmar con verdad, que este sabio jesuita es uno de los grandes maestros de la mentalidad contemporánea. Podemos inclusive descubrir el in-

flujo de su interpretación del mundo y de la historia en más de un pasaje de la Constitución conciliar sobre la Iglesia en el mundo de hoy. Quiso reconciliar al mundo de la ciencia con el mundo de la fe. ¿Lo logró? Confiamos aportar en sucesivos artículos suficientes elementos para que el lector forme su propio juicio al respecto. No será fácil nuestra tarea. Dos escollos, principalmente, traban nuestro estudio: el acceso a las obras de Teilhard de Chardin y el problema del lenguaje teilhardiano. Ambos problemas hacen, de un modo u otro, la personalidad de Teilhard.

## UN ACTO DE FE EN LOS EDITORES

1. No ayuda mucho para conocer el pensamiento de Teilhard la circunstancia de hallarse aún sus obras en vías de publicación, y a un ritmo más lento del que sería de desear. Resulta además paradójico el extraño destino de este hombre de ciencia, la rigurosidad de cuyo método científico es por todos reconocida, y cuyas obras se publican después de su muerte sin el mínimo de garantías científicas en la edición. ¿Cómo estar seguros de conocer con precisión su pensamiento definitivo, si faltan elementos y los que ya se tienen no dan suficiente garantía crítica? La edición de las obras de Teilhard de Chardin se hace bajo el patronato de un doble comité internacional: uno, científico, representativo de las más diversas tendencias e ideologías, tanto de no creyentes como de protestantes y de católicos. Otro, de amigos y parientes, empeñados en dar publicidad su rico pensamiento.

Pero la tarea a realizar es ingente. No se trata simplemente de reproducir y recopilar artículos ya publicados en vida del autor, en diversas revistas especializadas. Sus obras principales (**El Medio Divino, El Fenómeno Humano, el Grupo Zoológico Humano**), numerosos ensayos (**La Humanización**, 1923; **La Misa sobre el Mundo**, 1923; **Mi Universo**, 1924; **Los Fundamentos y el Fondo de la Idea de la Evolución**, 1926; **Los movimientos de la vida**, 1928, **Acerca del valor religioso de la investigación**, 1947; **Lo crístico**, 1954; etc.) e



infinidad de cartas personales se publican por primera vez después de su muerte.

Los manuscritos circularon con frecuencia en vida de Teilhard, multiplicados de diversas maneras. Frente a la diversidad de variantes que presentan esos textos multicopiados, nos preguntamos de qué criterios científicos se habrán valido quienes preparan la edición de sus obras para obviar el peligro de contaminación. Las cartas, muchas de ellas plenas no sólo de datos personales sino también de elementos clarificados del pensamiento de Teilhard, van apareciendo a medida que sus poseedores lo juzgan prudente o conveniente y sin más garantía que la probidad de sus destinatarios. Estas cartas, por otro lado, se publican al margen del patronato del Comité Internacional "Teilhard de Chardin".

Los editores, por su parte, no han juzgado oportuno incluir ni el mínimo aparato crítico en la publicación. Solamente algunas notas al pie de página, con la expresa intención de clarificar el pensamiento de Teilhard o defenderlo de lectores malintencionados, van consignadas expresamente a la responsabilidad de "los editores", dando a entender así que las otras notas, reducidas en número y en extensión, son del mismo Teilhard. En la introducción de Wildiers a **La Aparición del Hombre**, se indica que, para la publicación de este tomo con estudios referentes al origen del hombre desde el punto de vista paleontológico, se suprimieron, a pedido del mismo Teilhard, algunas partes referentes al Eontropo de Dawson, célebre superchería del cráneo de Piltdown que engañó a muchos científicos. Podría ser muy sugestivo conocer el alcance del pedido de Teilhard así como hasta dónde se extendió la intervención de los mandatarios.

Una nota de **El Medio Divino** señala que el texto publicado ha sido "anotado" por su autor. La obra fue escrita en 1926. ¿Cuándo fue "anotado" por Teilhard? ¿Hacia el final de su vida? ¿Existía entonces una versión abreviada? ¿Qué notas figuraban en la versión primera y cuáles fueron añadidas posteriormente? No hay

manera de distinguirlo, y hubiera sido interesante conocer si hubo cambios o evoluciones en su pensamiento.

Más importante aún es la advertencia de los editores que encabeza a **La Energía Humana**: "Los escritos que publicamos a partir de este tomo sexto no han sido revisados por el P. Teilhard de Chardin con vistas a la edición". Esto significa que solamente fueron revisados por Teilhard para su publicación, *El Fenómeno Humano*, *La Aparición del Hombre*, *La Visión del Pasado*, *El Medio Divino* y *El Porvenir del Hombre*. No fueron pues revisados por Teilhard en los otros tomos publicados por las Editions du Seuil ni los editados por Michel o por Grasset. ¡Y se trata de escritos escalonados a lo largo de cuarenta años de producción científico-literaria! Imposible pensar que no haya habido evolución en el pensamiento teilhardiano a lo largo de todos esos años, aún sobre los mismos puntos. Imposible también captar esa evolución en el estado actual de las publicaciones teilhardianas. **Sólo cabe partir de un acto de fe en los editores**, cuyas preocupaciones históricas se mezclan peligrosamente con su lealtad personal a Teilhard de Chardin. Puede ser interesante advertir, por otra parte, que la edición española realizada por Taurus (Madrid) es excesivamente literal, y se deslizan en ella numerosos errores que llegan a alterar el pensamiento del autor.

## UN IMPRECISO Y POETICO ESTILO

2. El segundo escollo que señalamos para el estudio de las obras de Teilhard de Chardin, es el del lenguaje. Uno de los problemas más graves de nuestra época es, precisamente, el del lenguaje. Las mismas palabras poseen contenidos y resonancias diferentes en los diversos interlocutores.

Al captar una realidad e intentar transmitirla con palabras, se produce un doble juego. Por una parte, abstraigo de lo real un concepto o idea y luego expreso esa noción con un signo verbal, la palabra hablada o escrita. Ese vocablo significa para mí no solamente la noción abstracta

sino la misma realidad de lo real pasó a lo nocional, y de lo nocional a lo significativo tanto de la idea como de la cosa misma. Pero, por otra parte, para mi oyente o lector, el camino es inverso: a través de mi palabra-signo tiene que encontrar lo significado por mí. Las resonancias que esa palabra suscita en su mente no son necesariamente las mismas que en la mía, y su paso de la noción así entendida a la realidad está marcado por esa intelección. En mí, el proceso se da de la realidad a la noción y de la noción a la palabra. En mi interlocutor, en cambio, de la palabra a la noción, y de la noción a la realidad; es posible así que en el camino no nos encontremos.

La diferencia de contenido resulta evidente cuando diversas culturas están en la base de esa diversidad. Si esas culturas están separadas en el espacio y en el tiempo, nos resulta aún más comprensible. Pero el problema del lenguaje se plantea también al nivel de los individuos de una misma generación. Para captar a un autor, no basta captar sus palabras, que nunca pasan de ser signos de lo que piensa y quiere transmitirnos, sino que es preciso captar también la conexión con la realidad que él pone en ellas: sus palabras son signo de lo que tiene en la mente, y no de lo que yo tengo en la mía y traduzco o expreso con la misma palabra. Es preciso entender su terminología y entenderla desde sus categorías de pensamiento. Sin este esfuerzo, nunca llegaremos a captar la realidad que intenta mostrarnos con sus palabras.

Teilhard de Chardin plantea vivamente este problema del lenguaje y, consiguientemente, su intelección exige un esfuerzo de nuestra parte. Es un autor oscuro y confuso, quizá por la complejidad de los temas que trata o porque se mueve en un campo inexplorado y con un método nuevo. Su creatividad verbal y su estilo impreciso y poético no siempre favorecen la claridad de su pensamiento. El uso y quizá abuso de la analogía, como por ejemplo llamar "amor" a la mera afinidad química, es otro de los factores de confusión para el lector desprevenido.

## EL MENOS TEILHARDIANO DE SUS SEGUIDORES

Cuando Teilhard generaliza y habla de "**conciencia**" o de "**psiquismo**" refiriéndose a todos los niveles del ser, es evidente que no pone conciencia humana en las especies inferiores o en los elementos anorgánicos. Por no caer en la cuenta de esto, se ha acusado a Teilhard de "**pansiquista**". Si en un momento dado de la evolución aparece un fenómeno cualquiera, v.gr., la conciencia, tuvo que estar antes, de alguna manera bajo otra forma, como incoándola. Dicho de otro modo: ese fenómeno que aparece, la conciencia humana, está vinculado con algo más primitivo que ella. No se trata de trasplantar el estado propiamente humano a una etapa prehumana, sino de señalar la semejanza o continuidad en la semejanza o discontinuidad. Cuando Teilhard habla de la "**conciencia**" de las especies inferiores, simplemente quiere decir que la interioridad del animal tiene, respecto de su organismo, la misma relación que la interioridad del hombre respecto del suyo. Por otra parte, al reservar la palabra "**reflexión**" para cuando se refiere al hombre, palabra con resonancias específicamente humanas, señala el umbral específico que separa al hombre de los demás animales. Pero este lenguaje puede confundir al lector desprevenido... De todos modos, cuando se lee a Teilhard de Chardin, es preciso tener en cuenta que se trata de un pensamiento que intenta formularse: escribe largos años y se corrige de continuo porque no logra expresarse perfectamente. El no pretendía ambigüedades y errores. Se mueve en un campo inexplorado. Y como no era filósofo ni teólogo de profesión, bien pudo suceder también que no siempre viera todas las implicaciones y consecuencias filosóficas y teológicas de las intuiciones que intentaba formular. El era consciente de esto; de ahí la modestia con que presenta sus puntos de vista. **Teilhard, quizá, sería el menos teilhardiano de sus seguidores.**

Jacinto Luzzi